

Claudio Guillén en el recuerdo

editado por Antonio Monegal, Enric Bou, Montserrat Cots

Ciertas lecciones casuales de Claudio Guillén

Domingo Ródenas de Moya
(Universitat Pompeu Fabra, Espanya)

Abstract Some of the lessons that Claudio Guillén left us were related to the intellectual ethos: the attitude of the researcher toward literary talent and work and the attitude of the teacher toward his students and disciples. Among these lessons, two of them stand out: in the first case, admiration as the active principle of critical activity; in the second case, generosity and faith in the sense that arises from the texts.


Keywords Admiration. Intellectual ethos. Indirect education. Scholarship.

De leyendas y lecciones fue el título que Claudio Guillén eligió para su último libro en 2006, un libro que no llegaría a ver publicado. Las ‘lecciones’ de las que hablaré aquí nada tienen que ver con ésas, pues ni son mitos, ni lecturas ni doctrinas. Aclararé antes que nada el concepto de ‘lección casual’ o fortuita por contraste a las lecciones ordinarias o regulares. Como docentes, impartimos nuestras lecciones dentro de un espacio acotado, el aula, sujetos a un horario público, el de la clase, y limitados por el nombre de una asignatura, Literatura del Barroco, por ejemplo. Son lecciones obvias e intencionadas, inscritas en un programa, obedientes a un designio pedagógico, a menudo muy articuladas y sobre las que solemos exigir garantías de su asimilación a nuestros estudiantes. Como investigadores, publicamos un artículo o un libro, intervenimos en un congreso o dictamos una conferencia y la novedad de nuestra aportación, cuando la hay, opera asimismo como una lección no menos deliberada, aunque lo sea en otro sentido y además pueda ser discutida o refutada. Frente a esta enseñanza expresa y ordinaria existe una lección implícita y extraordinaria, indeliberada o de soslayo, que se desprende de una conducta, de un criterio intelectual, de un modo de hacer (de un talento, si se quiere), de una concepción del ejercicio docente o investigador que, sin aflorar discursivamente, imanta el hacer y el quehacer cotidiano. Estas lecciones gratuitas y siempre inesperadas están destinadas con frecuencia a permanecer en la memoria de los estudiantes con más fijeza que los *topoi* del stilnovismo o la estructura del *Paraíso perdido* de Milton, y no es raro que orienten alguna futura ejecutoria profesional o inspiren una manera más digna o más ecuánime o más recta de conducirse tanto facultativa como personalmente. Claudio Guillén impartió abundantes lecciones de

Biblioteca di *Rassegna iberistica* 6

DOI 10.14277/6969-186-7/RiB-6-3 | Submission 2017-06-21

ISBN [ebook] 978-88-6969-186-7 | ISBN [print] 978-88-6969-194-2

© 2017 |  Creative Commons Attribution 4.0 International Public License

esta índole, enseñanzas casuales que los discípulos, colegas y amigos pudimos recoger, por así decir, al vuelo, en una charla informal o en una reunión académica. Lo mucho que Guillén nos enseñó 'a propósito' está en sus libros y artículos, es visitable y seguirá destilando sabiduría. Está disponible. Por eso he preferido dedicar mi homenaje a lo no disponible, a lo que no se registra sino en la memoria; me ha parecido oportuno recurrir al testimonio para espigar algunas de esas otras enseñanzas imborrables y tan fecundas como – si no más que – las de la letra impresa.

Y la primera ha de ser una que recibió de su padre y que transmitió con firmeza y poder de contagio. Jorge Guillén le había enseñado (lo contó en varias ocasiones) la necesidad de admirar y de expresar esa admiración. Y no sólo hacia tal o cual logro concreto sino hacia el 'logrador' mismo, no hacia el objeto – que siempre es más fácil – sino hacia el sujeto creador, algo insólito en los cicateros círculos literarios de antaño y de hogaño. Porque el ejercicio de admirar lo admirable y reconocer los valores estéticos, intelectuales o morales del otro, ennoblece al que admira y, sobre todo, estimula no sólo la circulación de las ideas sino la emulación de lo mejor y los mejores. Un ensayo de Aurelio Arteta, *La virtud en la mirada*, ha abordado esa dimensión reparadora y promotora de la admiración, y ha recordado cómo la ejemplaridad y la excelencia, tan maltratadas, han constituido siempre motores del progreso humano. Para Arteta, la admiración impulsa a celebrar la excelencia del otro, y ese impulso conduce a ser mejor, porque la admiración es «el sentimiento de alegría que brota a la vista de alguna excelencia moral ajena y suscita en su espectador el deseo de emularla» (Arteta 2002, 17). Incluso en un ámbito como el nuestro, el del orden simultáneo de lo literario, refractario a la noción teleológica de progreso, ¿no es la ejemplaridad que representan ciertos autores venerandos (los 'modelos') uno de los factores impulsores de la imitación y el cambio, es decir de lo que llamamos historia de la literatura? Pero la admiración que cultivaba Guillén no se limitaba a los nombres venerados del panteón sino a los más próximos de sus maestros y colegas, a Américo Castro y Amado Alonso, a Stephen Gilman y René Wellek, a Joaquín Casaldueiro y José Manuel Blecua; la suya era admiración legítima, la suscitada por el modelo de conducta próximo. «Necesito admirar», así empezó Claudio Guillén, el 8 de enero de 2002, el último curso que dictó en la Fundación Juan March sobre Montaigne, Cervantes y Shakespeare. Y dos años después abría unos preciosos ensayos sobre los poetas del 27 con esta declaración programática: «Yo quisiera practicar esta crítica asombrada, unida claro está a la historia literaria y a la teoría que subyace al uso de términos y conceptos» (Guillén 2004, 21). Aquel libro no podía llevar título más explícito que *Desde el asombro*. Y, como si en sus últimos años quisiera recalcar de dónde procedía el impulso primigenio de su entusiasmo por la potestad de la literatura, en el prefacio de *De leyendas y lecciones*, fechado en junio de 2006, avisa al lector de que «lo principal ha sido siempre la admiración, el entusiasmo, el afán de adentrarme en el conocimiento y la

comprensión de unas obras y unas personas mediante la práctica de una crítica asombrada, impulsada por el deseo de compartir con otros lectores el proceso de ir más lejos» (Guillén 2007, 7-8).

La admiración no deja de ser un avatar de la generosidad y no necesariamente de la humildad. Durante los pocos años que coincidí con Claudio Guillén en la Universitat Pompeu Fabra, entre 1993 y 1995, su trato no pudo ser más cordial – como no podía ser de otro modo en un hombre extremadamente educado – ni más afable, pero además fue – y esto sí me asombró – inopinadamente generoso. Compartimos unas cuantas conversaciones sobre intereses comunes, como las letras de vanguardia y la generación del 27, le proporcioné una fotografía de su padre junto a Pedro Salinas que había tomado José Manuel Blecua en el verano de 1950 en el Middlebury College y que él desconocía, lo que le causó visible alegría, y especulamos – más él que yo, que escuchaba con suma atención – sobre el encaje historiográfico de la vanguardia razonable y constructiva a caballo entre las décadas de 1920 y 1930, a la que él se preguntaba si llamar o no ‘posvanguardia’, y otras cuestiones semejantes. Me costaba entender cómo Guillén, del que había leído con atención, en los trabajos y días de mi tesis doctoral, *Literature as System, Entre lo uno y lo diverso* y *Teorías de la historia literaria*, se entretenía a departir conmigo en un deferente simulacro de diálogo de igual a igual. Su generosidad consistía entonces en concederme la condición de interlocutor con el que airear ideas en estado naciente y, más tarde, consistiría en la suave insistencia en que editara los primeros cuentos de Pedro Salinas, *Víspera del gozo*, para lo cual me brindaba la primera edición, la que Salinas le regaló a su padre en 1926 con una luminosa dedicatoria: «A Jorge, poesía y amistad perfectas».

Y por ahí llego a otra de las lecciones fortuitas, en la que se enlazan la admiración y la amistad. No era Guillén hombre de afectos súbitos ni improvisados; su cortesía, afabilidad y buen humor tenían algo de modales exquisitos y mundanos pero indudablemente interpuestos como parapeto de una intimidad cerrada para muchos y abierta para pocos, por decirlo como el poeta Pedro Soto de Rojas. Porque el jardín de lo íntimo sólo se franquea en la amistad y es la amistad, entendida como la comunión feliz de dos espíritus excepcionales, una de las cosas que más admiró Guillén en su vida. Tuvo muy cerca el ejemplo de su padre y Pedro Salinas y gustaba de recordar la amistad de Michel de Montaigne y Étienne de La Boétie. Alguna vez citó uno de los *Moralia* de Plutarco donde éste sostenía que no era posible tener muchos amigos porque «la *polifilia* era incompatible con la entrega de un amigo a otro y la necesaria coincidencia de las preferencias de los dos» (Guillén 2007, 59), y creo que él estaba de acuerdo con el beocio. Como dirá Montaigne en su homenaje a La Boétie, «lo que solemos llamar amigos y amistades no son más que relaciones y familiaridades entabladas por alguna ocasión o ventaja a cuyo propósito nuestras almas se unen», porque en «la amistad de que yo hablo, se mezclan y funden entre sí [las

almas] con una mixtura tan completa, que borran y no vuelven a encontrar ya la costura que las ha unido» (Montaigne 2007, 250). Estas palabras pertenecen al ensayo «De la amistad», el vigésimo octavo del primer libro de los *Essais*, y fue precisamente éste el único ensayo que Claudio Guillén eligió en 2002, en el curso antes mencionado, para consagrarle una lección completa. No me cabe duda de que Guillén admiró (y tal vez añoró) la amistad de raigambre humanística que representaron Montaigne y La Boétie y que, desprendida del deseo renacentista de perpetuar valores de la antigüedad, encarnaron Jorge Guillén y Salinas. Bastaba oírle evocar la relación de amistad entre dos de sus maestros de la Universidad de Harvard, Renato Poggioli y Harry Levin, cómo se les veía a todas horas juntos sin cesar en lo que parecía una conversación perpetua, para entender que Claudio Guillén envidiaba saludable y nostálgicamente ese concierto de dos inteligencias. Esa nostalgia también era pegadiza.

De ellos y de Salinas, Francisco García Lorca, Amado Alonso, Joaquín Casaldueiro, en fin, de sus maestros declarados,¹ y de la lectura minuciosa del *new criticism* y de René Wellek, al que guardaba un inmenso aprecio, adoptó una forma de entender la enseñanza de la literatura y, en cierto modo, el oficio de crítico literario. Nos ha quedado escrita y espléndidamente argumentada su defensa de unos estudios literarios que sean, como quería Wellek, confluencia de la historia, la crítica y la teoría – si bien son «bases no suficientes pero sí imprescindibles» (Guillén 2007, 8) –, y también su tenaz batalla infructuosa a favor del reconocimiento de la Literatura Comparada como un área de conocimiento diferenciada (Cabo Aseguiñolaza 2007). Pero de su manera de entender la práctica docente dejó poco dicho. Y algo de ese poco se encuentra en los homenajes que dedicó a sus maestros, a Amado Alonso, que guió sus primeros pasos en Harvard en 1946, y de nuevo Pedro Salinas, a cuyo curso de verano en la Escuela Española de Middlebury, en Vermont, acudió aquel mismo año de 1946. Del poeta madrileño en sus funciones profesoras, recordaba su trato paternal y bromista con los estudiantes antes de la clase. Y cómo, una vez iniciada ésta, establecía metódicamente una firme base de datos en la que apoyar la lectura para ir acelerando el ritmo de su explicación, yendo y viniendo del texto a los contextos, e improvisando con brillantez ataduras entre la literatura y «aquellos temas de toda la vida». Guillén se hacía portavoz de la sensación

1 Cuando, en 1983, regresó a España para importar en la Universitat Autònoma de Barcelona los estudios de Literatura Comparada, en el diario *El País* del 24 de enero de 1983 se publicó una entrevista con él en la que decía: «Me doctoré en 1953, en Harvard. ¿Mis maestros? Entre los españoles trabajé con Amado Alonso, fui colega de Américo Castro,... pero debo mucho a otros hombres, como por ejemplo Pedro Salinas, a quien he oído en muchas clases, o a Francisco García Lorca, el hermano del poeta, que fue catedrático de Literatura española en Nueva York, así como a José Ferrater Mora y a Joaquín Casaldueiro. Ya entrando en el tema de la Literatura comparada debo citar a Renato Poggioli, un italiano antifascista, exiliado y profesor en Harvard, que fue un gran maestro para mí, y también a Harry Levin».

de los estudiantes: «Experimentábamos los oyentes una sensación de altura, de pureza, vivíamos algo como el vuelo ascensional del espíritu» (2007, 131). Aunque quizá extrapolaba al grupo lo que era un transporte personal suyo. La evocación de Amado Alonso, sin el fervor previo que se podía dar en el caso de Salinas, se ajusta a la de un maestro adorado y ejemplar sin el cual – asegura – no hubiera podido afirmarse su vocación hacia el estudio de la literatura, un maestro «a quien, a fin de cuentas, lo debemos todo» (Guillén 2007, 283-4). Las hermosas palabras que le dedica Guillén vuelven a acentuar la importancia que la ejemplaridad inspiradora tiene en la maduración intelectual de un ser humano, pero además ponen el acento en la herencia ética que comporta: «el influido, el inspirado, necesita un ejemplo concreto para llegar a hacer lo que viene deseando hacer, para perfeccionar no sus intenciones sino su comportamiento». Dicho de otro modo, el ‘influido’ (Claudio Guillén en este caso) está comprometido a participar en la transmisión de unos valores (por ejemplo el de la calidad intelectual o la probidad moral), está involucrado en «la continuidad de unas actitudes éticas e intelectuales, de unas opciones de la sensibilidad y de la inteligencia cuyo alcance es general y ultrapersonal», como señaló a propósito del maestro ejemplar Amado Alonso. Y el compromiso con esa transmisión era bien perceptible en la actividad académica de Claudio Guillén, en su apuesta por el rigor y la fascinación inteligente, en su menosprecio de la teoría literaria autoconsuntiva que «teoriza como si se tratara de la literatura de la luna» y en su desprecio hacia «la elegancia del no pensar» (2007, 286), como le gustaba repetir. Aplicó dos calificativos a Amado Alonso que hoy le vienen a él como anillo al dedo: «exigente y generoso». Pero además, recapitulando la labor de su maestro, acertó a formularla en una sentencia inapelable: «La enseñanza es una forma de entrega», que delata su propia insobornable dedicación.

Esa entrega la sustentó Claudio Guillén, por lo menos, en dos convicciones, la primera de las cuales concierne a la definición de la disciplina con la que se identificó: la imposibilidad de entender la literatura encerrándola en los cotos nacionales. Por decirlo con palabras de Octavio Paz que apenas habría corregido Guillén:

Cada una de la unidades que llamamos literatura inglesa, alemana, italiana o polaca, no es una entidad independiente y aislada sino en continua relación con las otras. [...] La literatura de Occidente es un tejido de relaciones; los idiomas, los autores, los estilos y las obras han vivido y viven en perpetua interpenetración. Las relaciones se despliegan en distintos planos y direcciones. Unas son de afinidad y otras de contradicción. [...] La literatura de Occidente es un todo en lucha consigo mismo, sin cesar separándose y uniéndose sí mismo, en una sucesión de negaciones y afirmaciones que son también reiteraciones y metamorfosis. (Paz [1975] 1991, 58)

La otra convicción del Claudio Guillén profesor estriba en que hay que pegarse a los textos de modo que ninguno de los excursos pertinentes a la clase, biográficos o históricos, poetológicos o políticos, nos aleje sin billete de vuelta de la obra. Ni la erudición trivial ni la docta facundia pueden desconocer que cuanto cabe decir de los textos puede extraerse de ellos, aunque sea precisa casi siempre la participación de un 'lector' experimentado que orienta para evitar escollos y esclarece los más plausibles sentidos. El profesor de literatura, o es un embajador eficiente de los textos o no es nada.

Estas son algunas de las lecciones fortuitas que recibí de Claudio Guillén y que, quiero pensar, recibieron otros. Creo que no son mala mercancía pedagógica, como creo que él encarnó un ejemplo de voluntad moral, apertura creativa e inteligencia autocrítica del que debemos sentirnos legatarios y, en alguna medida, responsables de su transmisión. Esos atributos envidiables los asignaba él a Edward W. Said, pero eran suyos también, porque afirmaba que ellos podían guiar «al estudioso, al comparatista, al crítico, al historiador, al comprometido con el mejoramiento social y político» (Guillén 2005, 24). No sé si estamos a la altura, pero vale la pena intentarlo.

Bibliografía

- Arteta, Aurelio (2002). *La virtud en la mirada. Un ensayo sobre la admiración moral*. Valencia: Pre-Textos.
- Cabo Aseguinolaza, Fernando (2007). «Claudio Guillén o los equívocos de la teoría». Blesa, Túa et al. (eds.), *Pensamiento literario español del siglo XX*, vol. 1. Zaragoza: Prensa Universitaria de Zaragoza, 87-104. Anexos de Tropelías 12.
- Guillén, Guillén (2004). *Desde el asombro. Sobre los Albertis. Tres poemas de Lorca*. Valladolid: Cátedra Miguel Delibes.
- Guillén, Guillén (2005). «La Literatura Comparada y la crisis de las humanidades». *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la Literatura Comparada (Ayer y Hoy)*. Barcelona: Tusquets, 11-24.
- Guillén, Guillén (2007). *De leyendas y lecciones. Siglos XIX, XX y XXI*. Barcelona: Crítica.
- Montaigne, Michel de (2007). *Los ensayos (según la edición de 1595 de Marie de Gournay)*. Trad. de J. Bayod Brau. Barcelona: El Acanalado.
- Paz, Octavio [1975] (1991). «¿Es moderna nuestra crítica?». *Fundación y disidencia. Dominio hispánico*. Vol. 3 de *Obras completas*. Barcelona: Círculo de Lectores, 57-66.